

## **Ocho días en Puebla. Impresiones profundas de un viaje arquitectónico, sentimental, científico y estrambótico de Fidel\***

¿Viaje tenemos? Un hombre de mi calaña, que se pasease sin decir oste ni moste al público respetable, sería insufrible; sería una anomalía estupenda. Eso de arrojarse a escribir a la francesa, decidiendo en ocho días sobre el carácter, las costumbres y todo lo relativo a un pueblo que apenas se conoce, que se ha visto como pasan las figuras de una linterna mágica, ¿para quién se deja, si no lo emprende un periodista?

Este viaje a Puebla, así como el que tengo que hacer, si no me faltare vida, a mi amada Veracruz, fue por luengos años el sueño de oro de mi charla insaciable; el palacio encantado con que delira el niño; el *sí* armonioso por que aspira el amante.

Mi enajenación me representaba todo un drama romántico, con su lujo de aventuras, pero sin dicciones, y en que iba yo a ser el quijotesco protagonista.

El bosque, los ladrones, la venta, la aventura de amor, de amor de diligencia. ¡Oh, cuánta inspiración! ¡Cuánto embeleso!

Después me representaba a Puebla, llena de encrucijadas y celosías, como Burgos o Granada en la Edad Media: por do quiera maridos reacios de chupín, coleta y

---

\* \* Guillermo Prieto, "Ocho días en Puebla. Impresiones profundas de un viaje arquitectónico, sentimental, científico y estrambótico de Fidel (Escrito para *El Siglo XIX*)", *El Siglo Diez y Nueve*, t. II, núm. 201 (20 de julio de 1849): 3.

calzón corto; clérigos a bandadas, intolerantes y terríficos; jóvenes mustios de zapatón y capa color de pasa, andando como novicios fernandinos; y alegrando este cuadro sombrío, místico y sentimental, unas cuantas parvadas ¡huy! de chinas salerosas y desagotadas, de ojos insurgentes, de cintura de abeja, perdiendo almas y siendo la tentación de los buenos y el encanto de los malos.

Por otra parte, leperuzcos ángeles de manos, y alegres de corazón; de puñal en el refajo y cicatriz en el carrillo.

Todo esto era para mí un sueño que se iba a realizar; y anticipándome sus goces, no dormí un minuto la noche del sábado que pasé en la casa de las diligencias de esta ciudad, magníficamente asistido, y en la que, sin la dureza de corazón de los bizcochos con que nos sirvieron el desayuno, todo habría sido vida y dulzura.

Acomodámonos lo mejor posible en el carruaje, era una casa de vecindad ambulante, y ni unos ojos femeninos vi relampaguear con los primeros albores de la aurora: de los nueve viajeros que debíamos ocupar el interior de la diligencia, ocho solamente estábamos instalados; el otro debía incorporarse en la garita.

Suenan los cascabeles de los caballos, baten el suelo sus herraduras sonoras; se oye el chasquido del látigo y el grito del conductor, y partimos. Las calles estaban desiertas, algunos faroles conservaban su luz pálida y moribunda; nos

arrebujaamos en nuestras capas y guardamos silencio, mecidos por el monótono vaivén, que resentíamos.

Dos franceses que iban en nuestra compañía nos sacaron de nuestro soporífero estado, con sus exclamaciones.

—*Sacre Dieu!*

—*Oh, quel malheur!*

—*Oh, mon Dieu!*

—*Nous sommes perdus!*

—*Je suis écrasé!*

—¿Qué es? ¿Qué es eso, señores? ¿Ladrones?

No señor: las exclamaciones las produjo la vista de nuestro nuevo compañero de viaje, cuyo peso valuaron los hijos del Sena en 15 arrobas netas.

Yo no comprendía la importancia de un gordo en una diligencia, hasta que vi: trepó aquella mole, se embutió entre sus ciudadanos y durmió tranquilo, semejando su respiración al ruido de muchas aguas, para soltar aquí, como al soslayo, una comparación bíblica.

No obstante que en el boleto de diligencia constaba un piquillo de medio peso para pago de escolta, no nos acompañó escolta alguna hasta Río-frío; y con este motivo, en momentos generalizó la amenísima conversación de ladrones.

Yo iba absolutamente en traje de robo, y por lo mismo, mi espíritu en el estado de la más completa tranquilidad.

Me preparaba no sólo a transigir, sino a agasajar a esos valerosos recaudadores de *contribuciones directas*; a

agasajarlos con ternura, como si fuera su propio juez a mostrarles que era hombre de paz, afectuoso, condescendiente, y buen chico a toda luz.

De este propósito nos sacó un compañero, que alistó en silencio dos enormes trabucos (a mí me parecieron culebrinas) y dijo, recorriéndonos con la vista:

—Caballeros, yo estoy resuelto a defenderme, ¿traen armas?

—Traigo mis pistolas —dijo un mozalbete que parecía tan pacífico como yo y que, sin embargo, era belicoso como un demonio.

—Yo también.

Cuatro guardamos un indeciso silencio.

—¿Qué hacemos?

—Defendernos.

Cátenme, lectores míos, hechos de manos a boca de un Cid, sin maldita la apetencia y por la conservación de intereses ajenos y contra los socialistas, que practican con tanto donaire la doctrina de comunidad de bienes.

A medida que el peligro se alejaba, nos convertíamos todos en unas fieras y cada uno habíamos hecho hazañas para dejar boquiabierto al mismo Bernardo Carpio.

Río-frío es una finca que consta de dos partes principales, la tienda y la fonda, esta última era el objeto querido de nuestros deseos; el oasis hermoso, el pensil de nuestras ilusiones gastronómicas.

El comedor es amplio, entablonado y con vista al hermosísimo monte, en cuyo corazón está la venta.

Sirviéronnos un abundado almuerzo a la francesa, que hubiéramos devorando satisfechos sin la aparición intempestiva y extemporánea de una docena de moscas en cada platón, y por apéndice un grillo náufrago en el caldillo del asado.

Los mil paisajes que embellecen el espeso monte de Río-frío en cada una de sus quiebras caprichosas, ya lo han descrito plumas más inteligentes que la mía y, sin embargo, no obstante las prevenciones de la imaginación para admirar tanta belleza, no obstante los recuerdos de la exuberante vegetación de otros montes vírgenes de nuestro suelo, con sus rocas escarpadas, con sus abismos profundos, con sus árboles gigantes y sus vertientes de cristalinas aguas, el monte de Río-frío encanta, y sobrepuja en hermosura a todo lo que soñar puede la fantasía.

Repentinamente, una quiebra inesperada del terreno forma a vuestros pies un horizonte semejante a un océano, cubierto de nubes errantes y vaporosas; otras veces, después de un estrecho formado por las rocas, se dilata en una hondonada un llano de esmeralda, circular, adornado de encinos y madroños gigantescos.

Hay lugares en que desde el carruaje se perciben, al ras del camino, las copas de unos árboles que se alzan desde la

hondísima barranca en que se precipitan espumosas e hirvientes las aguas por entre las grietas de los peñascos.

Pero el espectáculo que no se cansa el viajero de admirar, y se reviste en aquellos lugares, a sus ojos, de una magnificencia inconcebible, es el que ofrece la vista de los volcanes, envueltos en sus mantos de plata relucientes.

La verdura de los valles y de las colinas cercanas; el atrevimiento con que levantan sus cabezas, que se pierden en los cielos; el aislamiento con que dominan a una altura, a que parece sólo puede llegar el pensamiento, y la idea indispensable del Creador de tan maravillosa grandeza: todo conmueve de un modo solemne y extraordinario.

Antes de llegar a San Martín, se descubren los volcanes en toda su hermosura. El cielo estaba diáfano y despejado, la nieve del Popocatépetl y del Ixtaccíhuatl reverberaba con todo el esplendor de nuestro sol ardiente; se percibía como una mancha pequeña el cráter del monarca de los volcanes de nuestra cordillera; cráter suspendido, como una amenaza de exterminio, sobre las risueñas montañas y llanuras que están a su pie; y la vista y el espíritu, y el pasado y el porvenir, como que concurrían a la corroboración de esas impresiones que quedan para siempre grabadas en el registro jamás publicado de las emociones íntimas del corazón.

A la llegada a San Martín, no dejó de molestarme la vista de innumerables mendigos que cercan e importunan a

los viajeros, mostrándoles algunas llagas asquerosas para excitar la compasión.

El valle de San Martín es risueño y pintoresco; por todas partes se ven terrenos cultivados con esmero, rebaños numerosos y haciendas derramadas con irregularidad en la fertilísima llanura.

Uno de nuestros compañeros de viaje nos hizo notar la pirámide de Cholula, que se distingue a la derecha del camino. Hoy este monumento, de que tanto se han ocupado nuestros historiadores, tiene el aspecto de un cerro común: en su cima se distingue una iglesia, consagrada al culto de Nuestra Señora de los Remedios, en el propio lugar en que, según la tradición, se rindió homenaje por primera vez a la Santa Cruz.

Esta enorme colina, hecha a mano, es de adobe y se conserva perfectamente. En su alrededor se distinguen los vestigios de una ciudad populosa; y de entre esas ruinas se han sacado últimamente unas piedras exquisitas y de enorme tamaño, una de las cuales sirve de puente. ¡Es lástima que no se conserven con mayor cuidado estos objetos respetables!

Las inmediaciones de Puebla, entre las quiebras que forman las limas que la rodean, lomas no desnudas de vegetación sino vestidas con vistosos sembrados, coronadas de arboledas y algunas de ellas salpicadas de flores, ofrecen a la vista caprichosos paisajes, blancos caseríos y fincas de

agradable arquitectura de las haciendas de labor, molinos de trigo y fábricas de tejido de los alrededores.

Desde aquellos lugares se percibe Puebla, reclinada al pie del majestuoso cerro de la Malinche, con las mil cúpulas de sus torres, en cuyos azulejos reverberaba el sol.

Al pasar por el puente que está delante de la garita de México, un compañero nos dijo que a poca distancia de allí se encontraba un enorme peñasco, arrojado en el lecho del río y perfectamente horadado por las aguas que pasaban ahora por él: la tradición cuenta que por aquel agujero se arrojaban los cuerpos de aquellos a quienes se negaba la sepultura eclesiástica, y que el ruido que hacen las aguas al chocar en la piedra lo interpretaba el vulgo supersticioso como los gemidos de desesperación de los impíos.

Cuán agradable es para nosotros los mexicanos, acostumbrados a ver en casi todas las entradas de México fango e inmundicia, una población miserable y abyecta en las orillas de la ciudad, encontrarse en la entrada de Puebla, limpia, aseada, con vertientes de agua por todas partes y con la fábrica de la Penitenciaria y la alameda, que parece que se adelantan a hacer gratas las primeras impresiones del viajero.

El estupendo ruido de la diligencia al rodar con celeridad estrepitosa sobre el empedrado; la multitud de objetos que se sucedían a mis ojos, los ladridos de los perros; las gentes curiosas que suspendían su marcha para vernos



pasar, todo esto pasó con extraña violencia hasta entrar al patio de la casa de diligencias, donde medio desvanecidos e infirmos, descendimos del carruaje.

El aspecto de la casa de diligencias de Puebla es triste y semejante al patio de una hacienda abandonada; pero lo que es más triste aún es la pésima distribución de los viajeros, porque no hay medio entre dormir en un salón espacioso, con uno, dos o más compañeros, o encerrarse en unas ridículas jaulas, fraguadas entre la necesidad y la codicia, para tormento de la especie humana.

Eso de dormir en tertulia tiene sus inconvenientes, que no se conocen a primera vista; por ejemplo: tal señor, muy formal y de muy buenos modales, que parece un excelente compañero, tiene un dormir de huracán, sopla como un fuelle; su roncar en desesperados cromáticos es capaz de acelerar la resurrección de los muertos; tal otro charla dormido, riñe, solloza y pone en subasta las prioridades de su conciencia: otro fuma sin cesar y enciende fósforos sin descanso, haciendo respirar a sus mártires acompañantes una atmosfera pestilente de azufre... y luego, pague usted por el local lo mismo que por un cuarto en que esté usted a sus anchuras.

En las jaulas o camarotes es peor, aunque todas las escenas pasan entre bastidores.

Esto no depende absolutamente de la administración que, en lo que le pertenece, cumple de la manera más

satisfactoria: las sábanas están siempre aseadas, son de delgado lienzo, y todo lo accesorio es de sobresaliente calidad.

La comida, por ejemplo, es mejor por su abundancia, variedad y sazón que la de la casa de diligencias de México: se sirven día a día ricos pescados, pasteles y postres exquisitos; reina en la mesa cierta cordial franqueza que halaga, y no hay un solo viajero que deje de tener motivo de gratitud por las atenciones y finura del encargado y de los dependientes de aquella casa.

Pero señor, aquellos tabacos inciviles matan; aquellas “meetings” nocturnas acongojan; aquellos sueños a cuatro, horripilan y sujetan a recíprocas inspecciones a los viajeros; al mirarse, se dice uno: no, éste ronca como un matracón de semana santa; éste tiene lisiado el pulmón, me va a desvelar, este ¡fumador sempiterno!... este gordo... ¡Jesús nos ampare!... Tal estado de cosas es contra la confraternidad, contra el espíritu socialista de la época: ¡Exige un pronto eficaz remedio!

A pesar de lo expuesto, y huyendo de los horrores de la periquera con que se me brindaba, dormí tranquilo, interrumpiendo el sueño de mis cálculos sobre mis alegres correrías.

[S. C.]